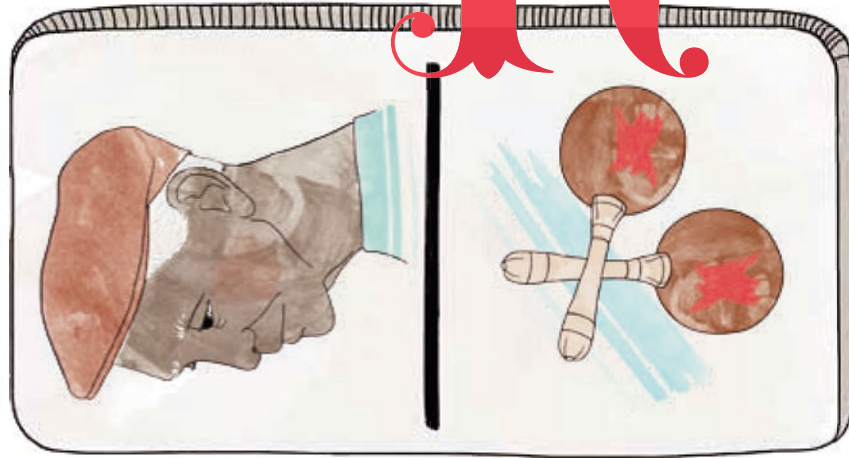


El cantador de la Rosa



Escrito por: *David Franco* | Ilustración: *Natalia Ayala Pacini*

Historia de Magín Díaz, uno de los baluartes del folclor colombiano.



Más que un pueblo, Gamero es una calle, un camino de tierra seca que corre en medio de los Montes de María, en el municipio de Mahates, Bolívar. A lado y lado, dos caseríos, construidos con todo lo que pueda ayudar a obstruir la pegada del sol, que ataca vertical el lomo abierto del Caribe colombiano: guadua, cañabrava, zinc, barro, ladrillos de cemento viejo y resquebrajado. En la acera, tal vez dos hombres somnolientos, una mesa de madera, una larga culebra de fichas de dominó. Y a un costado, un perro desparramado. Solo una ruidosa moto, levantando nubes de polvo, recuerda que no estamos mirando una foto. Al volante, Janer Amaríz Orozco –percusionista de tercera generación, piel oscura, 25 años, manos enormes, originario de Malagana–; atrás, en la parrilla, Federico Galvis –caleño, 21 años, estudiante de antropología, pelo enmarañado–. Y muy cerca, sin saberlo pero a punto de iniciar el camino del reconocimiento que durante tantos años le ha sido esquivo, Magín Díaz, el legendario hombre de la Rosa.

Cali, corre el año 2006, y es el Festival Internacional de Percusión “Tamborimba” que se realiza cada año. Federico Galvis se acerca a los músicos de la cantadora de bullerengue, Petrona Martínez (nominada en dos ocasiones a los Premios Grammy en la categoría folclor), y acuerda viajar al Caribe –algún día, dice– para aprender los golpes y los secretos de sus tambores. Tres años después, Janer Amaríz lo tiene en la parrilla de su moto recorriendo los pueblos aledaños de Palenque y Palenquito.

Primero, un par de paradas en casa de algunos tamboreros, luego estacionan en frente a un rancho de cemento sin pintar, rodeado por una cerca de guaduas húmedas. “Esta es la casa del maestro Magín Díaz –dice Janer, y se frota las manos–. Acá en el pueblo, eche..., él es un cantautor muy reconocido”.

No hay nadie a la vista. Están el cemento y el ladrillo, las moscas, y el viento encorvando arbus-tos crecidos, acaso jamás podados. De la parte de atrás llega un chorro de agua, ininterrumpido, y con éste algo más, algo que también suena como el agua y la espuma pero es otra cosa, tiene su propia armonía. Es éste el sonido tras el cual Federico se ha lanzado. Y lo que encuentra, después de unos cuantos pasos, es a un anciano enjuto de cabellos blancos, el negro torso desnudo, sosteniendo una manguera como si llevara sosteniéndola muchos años, extraviado en el murmullo inmemorial que brota, como involuntariamente, de sus propios labios. Tras sacudirse el asombro, Federico intenta un saludo y, aturullándose, le pide, por favor,



~Magín Díaz

- Ajá. Entonces yo le dije Rosita te voy a hacer una canción. Y se la hice... -





~Petrona Martínez

maestro, si puede, este..., hablar un poco sobre sus canciones y su vida.

Dos manos se cruzan sobre una barriga escurrida. La mueca en la cara huesuda se llena de gracia. Muy lejos, en la negra hondura de unos ojos sin pupila, se enciende un brillo. Los labios, despacio, empiezan a recordar:

–Yo principié a los doce años en un sexteto, ya tocaba todos los instrumentos, tambor, tambora, maraca, guacharaca, porque mi mamá era cantadora de bullerengue y yo desde chiquito aprendí todo lo de la música. Entonces me encontré un día esa muchacha que no era de aquí sino del Magdalena y ella se llamaba Rosa, pero yo nunca le supe el apellido. Y yo batallé mucho con ella, pero ella no me quería porque yo era negro y era maluco.

Ajá. Entonces yo le dije, Rosita te voy a hacer una canción. ...y así fue, ¿se la canto? ¿Quiere que se la cante?

Y de pronto una voz. Pero el pecho se infla, los párpados se cierran, y entonces son muchas voces. Cantan por la boca del cantor innumerables cantores, mil pulmones empujan cada nota y van formando una borrasca, una dulce y poderosa alabanza. El cuerpecito, ingrávido, parece que solo la dejara salir a volar libre: “Roosa qué linda eeeeeeres, Roooosa qué linda eeeeres tú...”

Después, cuando el temblor hubo acabado y el cantor volvió a ser solo un cantor, Federico se fijó en las encías sin dientes, en el pellejo seco, forrado, y al fin preguntó: “¿Maestro, y usted cuántos años tiene?”, y el maestro, sonriendo, orgulloso, noventa, respondió.



30 de Diciembre de 1922, se lee debajo de la fecha de nacimiento, en la cédula. La madre, Felipa García, cantadora de bullerengue; el padre, Domingo Díaz, bailarín y cantador de son negro. Ambos provenientes de la región del Dique, a 44 kilómetros de Cartagena, ambos descendientes de alguno de los miles de esclavos que, tras la conquista, llegaron al Caribe colombiano cargados con sus energías, sus ritmos y su magia. De niño, Magín acompañaba a sus padres al ingenio de azúcar, en donde trabajaban todos los negros de la región –los “negros cimarrones”, como los llamaban–, ellos iban cortando la caña y él, atrás, recogíendola en

un canasto. Allí conoció a los cubanos, y aprendió su música, su forma de hablar, sus pintas, su amor por el béisbol. Y de pronto estaba en un sexteto de música cubana, tocaba el tamborcito, los cajones, la marímbula y las maracas. Fue con ese grupo que un día cualquiera, ensayando a medio día en las inmediaciones del Ingenio, vio pasar a una niña. Supo, por un amigo, que se llamaba Rosa, y al día siguiente, al verla pasar de nuevo, le dijo: “De todas las flores, tú eres la más hermosa, la que por nombre, lleva el nombre de Rosa”. Y eso fue todo, porque Rosa, apurando el paso, no quiso escuchar más.

La música era su vida, pero para comer había que ir al campo y cumplir con la jornada. Nunca pensó Magín que se pudiera vivir de entonar palabras. Cantar era como respirar, algo que se hacía porque el cuerpo lo pedía, no tenía que ver nada con sueños de grandeza o con ambiciones de fama. Así que Magín creció la mayor parte de su tiempo cortando caña, y luego, en los tiempos de la United Fruit Company, recién cumplidos los 23 años, viajó a Magdalena para trabajar en una plantación bananera. De esta época, lo que más recuerda no es la famosa masacre, ni los abusos, ni la explotación, nada de eso figura en sus memorias. Lo único que parece haberse grabado fue cruzarse un día con los parientes de Rosa, y enterarse, así, de golpe, como se conocen todas las noticias malas, que Rosa no estaba más con los vivos.

–Parece que eso a él lo afectó mucho –dice Guillermo Valencia, uno de sus amigos más cercanos–, por eso, esa canción está llena de dolor.

Seis años estuvo en Magdalena. A los 29 regresó a Gamero, y un año después, siguiendo un éxodo

masivo de caribeños atraídos por la valorización del bolívar, decide partir a Venezuela. De nuevo forma un grupo de tambores en la finca donde trabaja, se reúne a pasar el tiempo con diferentes músicos locales, y un día, por casualidad, conoce a Cheo García, cantante de “La Bio Caracas Boy”, una de las orquestas más famosas de la música tradicional venezolana. A Cheo lo cautiva la voz de Magín y lo invita a quedarse. Entonces, por primera vez, Magín canta a un nivel profesional, es decir sobre una tarima y a cambio de una remuneración. Pudo ser ese el principio de una exitosa carrera con “La Bio Caracas Boy”, pero su madre enfermó, y él no dudó en regresar a casa para ocuparse de ella.

En Gamero no se da por vencido e inicia otra aventura musical. Se junta con su prima menor, Irene Martínez, un grupo de viejos amigos, y forman “Los Soneros de Gamero”. Así lo encuentran los años setenta: con una larga lista de composiciones propias, y un productor en Medellín dispuesto a grabarlas. Y de nuevo la mala fortuna: el aire acondicionado del estudio, al que él nunca se había expuesto, le afecta la garganta, de modo que su prima queda encargada de ponerle la voz al disco.

—Magín nunca pensó que sus canciones fueran a darle dinero —explica Valencia, que además de amigo es algo así como el manager de Magín—. Él no conoce de regalías ni de derechos de autor.

Actualmente Magín recibe 200 mil pesos mensuales de Sayco-Acimpro por canciones como “Cienpiés”, “Apila el arroz”, “El Yenyén”, y claro, “Rosa”. El resto de las regalías, según Valencia, algo así como 200 millones de pesos, terminaron todas en manos de Irene Martínez y su familia. Irene, considerada la reina del Carnaval de Ba-

rranquilla, murió en 1993. Cuando le preguntan por ella, Magín tuerce los ojos: “Nunca me regaló ni un agua de panela”, comenta.



“Detrás del señor Magín y de su tambor hay, para otras culturas, un santo, un orisha, un catalizador de energía. El cantador es un iniciado, un maestro cargado de energía, un vehículo para otros cantadores ya fallecidos”, dice Valencia, que ha pasado los últimos veinte años viajando por el Caribe investigando el folclor de la región.

La entrevista sucede en Cali, adonde Magín, ha viajado en compañía de tres músicos más, por invitación de Federico Galvis para ofrecer una serie de conciertos. Al oír las palabras de Valencia, Janer Amaríz, hasta ahora desinteresado en la conversación, de pronto comenta que en Gamero todo el mundo asegura que Magín canta igual a la mamá. “Sí —insiste Valencia—, eso es porque sus antepasados lo ayudan”.

—Y algo debe tener de cierto -de nuevo Amaríz-, porque él tiene una gran virtud. A pesar de no haber asistido nunca a una academia musical, tiene algo que no sé ni cómo explicar, nadie sabe cómo explicarlo.

Son, de hecho, varias las cosas sobre Magín que en su pueblo nadie logra explicarse. Una de ellas, acaso la más pintoresca, fue cómo consiguió conmovier al Pájaro Verde, un famoso ladrón del Canal del Dique que tenía un pacto con el diablo para poder esconderse detrás de los palos de esco-

ba. Dicen que nunca nadie pudo acercársele, y que solo Magín, hace más de sesenta años, duró varios días con sus noches mamando ron e improvisando canciones a su lado.

Otros misterio es cómo, a su edad, resiste jornadas tan largas y extenuantes. En Cali se ha presentado ocho veces en doce días, en diferentes lugares, y en algunos, como en La Tertulia, el concierto se alargó durante casi dos horas, pues el público —más de quinientas personas— no dejaba de pedir una canción tras otra. Y además están las entrevistas, los ensayos, los periodistas, y la grabación de un disco que reúne sus canciones. El reconocimiento parece estar finalmente tocando a su puerta —ya hace tres años le hicieron un homenaje en el Carnaval de Barranquilla—, y Magín, sorprendentemente, parece estar listo para lidiar con él.

A pesar del trajín, los músicos lo describen como un viejo tranquilo, muy observador, con una mirada blanda y un silencio que lo contagia todo de calma. Y cuando le preguntas a Magín de dónde saca tanta energía, no lo piensa dos veces. Sonríe y dice: “Será porque me gusta cantar”.



~David Franco

De niño quería ser futbolista. Mataron a balazos a Albeiro “El palomo” Usurriaga y decidí mejor ser músico. Seguí con devoción a Santa Sangre hasta que se separaron por allá en el 99. Julio Navarrete se volvió serenatero de discoteca y una noche le arrancó la nariz de un mordisco a un traqueto. Decidí que no quería ser nada. Así que me volví periodista. Escribir es mi renuncia. Ahora estudio Literatura en Estados Unidos y sé que en mi destino está escribir la gran crónica de El ‘palomo’ Usurriaga.